NADA parece más sólido, real y permanente que el hombre civilizado dentro de la civilización urbana de nuestra época. Sin embargo, es algo perfectamente bien conocido que ese gran complejo social que llamamos "civilización" es más apariencia que ninguna otra cosa; un soplo; una espuma; una prenda vistosa y protectora; una arquitectura colosal de papel de china que con una pequeña sacudida se desploma y pulveriza, para quedar "una vasta boca" de negrura indescriptible en la que "La Bestia" es única y efectiva majestad elemental.

La civilización, la cultura, la compleja organización social de nuestro tiempo que tanto nos enorgullece y engola, al final de cuentas son adornos y barnices más o menos bien logrados con todo y sus mil defectos. Pintura, color, superficie, apariencia. ¿Y debajo? Una escala que se hunde mucho más allá del dominio extremo de la luz y la visión. Todo un universo que escamotea cualesquiera de sus dimensiones; una imponderable magnitud de magmas primordiales, negras, conocidas un poco sólo después de numerosos procesos purificadores, catalizadores que llegan, afloran a la conciencia muy adelgazadas y tímidas; pero aún con fuerza suficiente para destruir toda capa superficial y permitir, por breve tiempo, que se vean partes mínimas de sus abismos que al hombre, al menos, se le antojan sin fin.

Las sociedades, las culturas, las civilizaciones enfrentan a menudo más de una de tales erupciones catastróficas que todo lo arrasan, aún el recuerdo mismo de civilización, y temporalmente, el hombre regresa al estado del prehombre, al de la peor de las bestias, para, después, lentamente, caminar de nueva cuenta la senda infinita y quebradiza de la civilización.

No hace falta un cataclismo universal para que el hombre civilizado olvide serlo; es suficiente que por un poco de tiempo se le quite el hilo sutil del cual pende, que se le aisle, que se le cambie su noción del mundo, de su realidad cotidiana, de sus hábitos, para que lo real se evapore y, con ella, la capa de barniz. Milenios de cultura, de civilización pueden ser barridos en unos pocos instantes, y el hombre urbano del siglo veinte en un abrir y cerrar de ojos puede ir a dar más allá de la edad de piedra y recomenzarlo todo, incluida la prolongada etapa de animalidad pura.

Si ya imaginar superficialmente tal retroceso resulta difícil y fragmentado, plasmar tal situación en la forma literaria, en la narrativa, necesita de un novelista con talento más allá del término medio; un escritor de la talla del inglés William Golding, maestro, en el amplio sentido de la palabra, de la novela "antropológica" elevada al mejor nivel de la literatura universal de nuestro tiempo.

Que sepamos ,autor de no menos de seis novelas, todas célebres en Europa y Estados Unidos, Golding es conocido en los países de habla española por dos de sus mejores novelas: "Señor de las Moscas" y "Los Herederos"; muy especialmente la primera en la que finca su celebridad, al grado de que ya se ha hecho una película basada en esa novela publicada originalmente el año 1954, y conocida en español desde 1962, gracias a una discreta traducción hecha por Ricardo Gosseyn.

Si en "Los Herederos" (1955) el novelista inglés de 58 años nos ofrece la visión de los principios humanos, de las primeras luces civilizadoras, del amanecer del hombre, en cambio, "Señor de las Moscas" es la novela del retroceso acelerado hacia la primera noche humana.

Pero, ante todo, ¿por qué el título de Señor de las Moscas? ("Lord of the Flies"). Aquí está reunido, como en todo buen título, la esencia de la obra: el símbolo primordial de la cabeza cortada y puesta sobre una pica. En la novela, una cabeza de cerdo cimarrón cazado y colocada sobre una lanza como ofrenda a un ser terrible nunca visto que necesita aliviar el hambre. Una cabeza animal que con su mueca postrera crea la ilusión horrible de una sonrisa enigmática que no logran detener las moscas que pululan sobre y dentro de ella.

En un sentido más hondo el "Señor de las Moscas" se define e identifica con las oscuridades del hombre: "...Yo soy la Bestia. ¡Qué ocurrencia pensar que la Bestia es algo que se puede cazar y matar!... ¿Lo sabes, no es cierto? Soy parte de ti. ¿Soy la razón por la que nadie puede irse, y las cosas son como son?...".

"Señor de las Moscas", como toda novela importante posee cuando menos dos planos; el puramente anecdótico que se lee como una amena aventura infantil para disfrute del adulto. En este plano se emparenta con planos similares de novelas tan célebres como "Robinson Crusoe" o "La Isla de Coral". Leída así resulta una sabrosa novela de aventuras de un escritor de talento; pero la obra de Golding va mucho más allá, y narra en poco más de doscientas páginas y una docena de capítulos las estaciones capitales, los grandes procesos, los mayores escalones por lo que ha pasado la humanidad, pero a la inversa, de más a menos, del avión de retropropulsión, de la energía nuclear, de la televisión a la danza alrededor de la hoguera, a la lanza de madera endurecida con fuego, a la tribu pintarrajeada, sumisa a la ley del más fuerte, al instinto en libertad absoluta, a la superstición a flor de tierra, sin veladuras ni engaños. Todas las etapas consumadas ahora desandadas en, quizá, algunos cuantos meses, pues Golding, enemigo de lo obvio, no necesita asentar fechas dentro de un proceso en el calendario que ni existe ni puede existir; en donde todo tiende a desembocar en lo elemental de días y noches, luz y oscuridad, calor y frío, vigilia hambrienta y feliz y sueño satisfecho rodeado de terribles pesadillas inominadas.

"Señor de las Moscas" es la novela de la disgregación civilizadora y de la integración original de la tribu; de un proceso disolvente en un grupo numeroso de niños abandonados sobre una isla del Pacífico. Niños no mayores de once años ni menores de seis, sobre una isla sin más humanos que ellos, sin nadie mayor de los 11 años. Grupo abandonado a sus solas fuerzas infantiles sobre la isla paraíso-infierno con agua y frutas silvestres en abundancia, cerdos y jabalíes, maderas para el fuego y clima tropical.

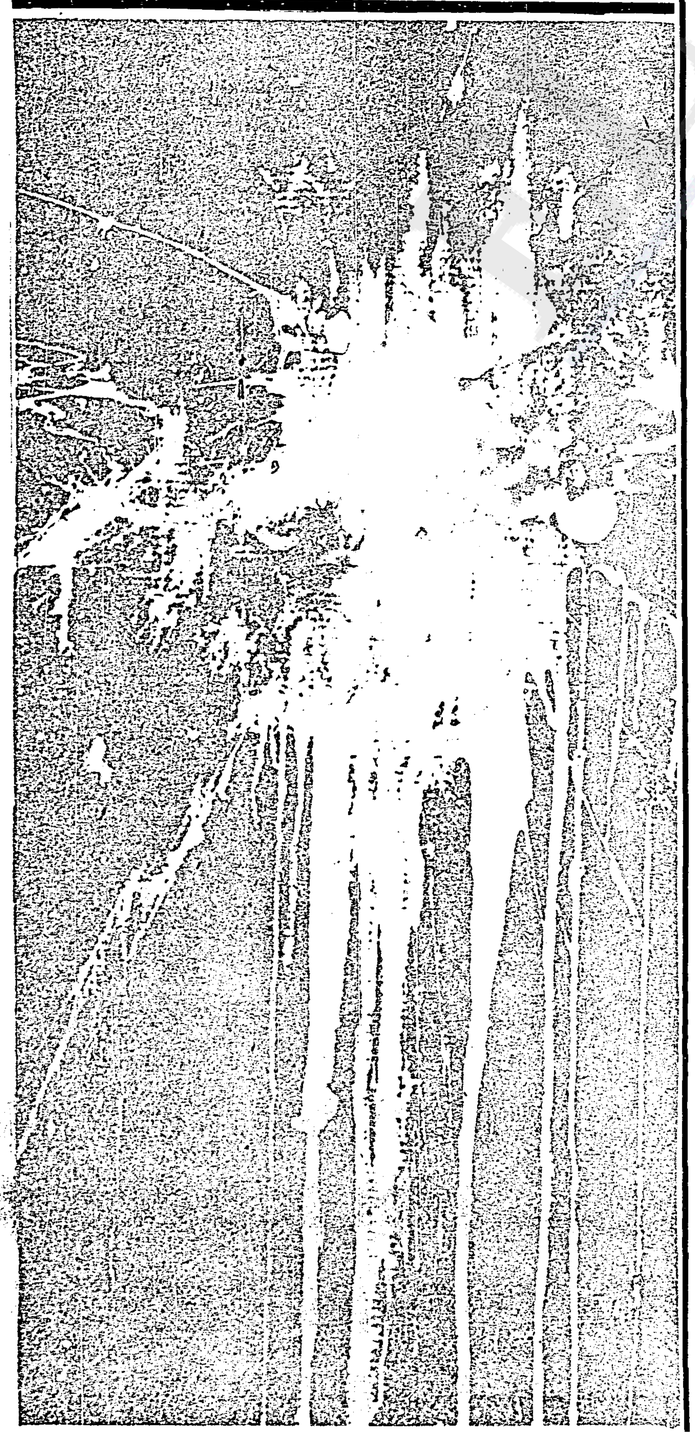
Decenas de niños venidos accidentalmente a la isla de uno de los países más cultos y civilizados de la Tierra: Inglaterra. Los primeros días sobre la isla son para los niños el colmo de sus mejores fantasías. Niños civilizados que buscan la organización y el orden del grupo. Juegan y esperan el rescate próximo. Encienden una gran hoguera en la cima de la pequeña montaña de la isla. El grupo se clasifica, en principio, y hay un jefe respetado casi por unanimidad: Ralph, el niño de once años de actitud serena y decidida; Jack, más o menos de la edad del primero, osado, vigoroso, fuerte contrincante del liderazgo, que encabeza su propio grupo de niños de coro, ahora, en la isla, sección de caza. Piggy, el niño gordinflón, miope y cobarde, admirador entero de Ralph; Piggy ,el asmático niño intelectual fanático del derecho y la justicia, más que nunca inoperantes y equivocadamente traicioneros.

Al principio todo es regocijo, despreocupación, juego y un poco de trabajo físico para las necesidades primordiales de techo y comida. Surge el símbolo sagrado de mando en las manos de Ralph: un caracol marino por medio del cual se convocan a reuniones asiduas para tomar decisiones. Quien tiene el caracol posee el derecho de hacer uso de la palabra sin que nadie lo interrumpa. Reina el orden y el derecho; mas no por mucho tiempo, Jack, el líder del grupo de niños de coro por ir de caza descuida el mantenimiento de la hoguera que se apaga, y en este punto se acelera el retroceso. Toda civilización se va olvidando; pero quedan baluartes en pie, pese a las atroces sacudidas; no todo está perdido y quedan lámparas votivas, obstinadas, afianzadas a las raíces de una civilización que día a día se va tornando más difusa y deformada; pero aún las lamparitas se van extinguiendo hasta no quedar más que una; la barrera postrera, solitaria sobre la que caen todas las fuerzas desencadenadas de "La Bestia". La lucha desigual y angustiosa; el sorpresivo desenlace...

Novela y poesía, "Señor de las Moscas" de William Golding nos descubre uno de los más inquietantes caminos que hemos recorrido y que fácilmente podremos desandar, sin que para ello haga falta un cataclismo, pues bastaría con un espejismo aparentemente inocente.

EXPOSICIONES

Por JOSE LUIS MEZA INDA



Hernandez Angel.

NO VAYAN A pensar mis queridos lectores que, como comentarista oficial de exposiciones de este periódico, tengo la obligación ineludible de hablar (mal) de cuanta exhibición pictórica se presenta en Guadalajara. Nada de eso, r el contrario, poseo la más amplia y absoluta libertad para escribir o para dejar de hacerlo de acuerdo a mi muy real criterio y, no ha existido —el día que exista dejaré de hacerlo— coacción o compromiso alguno.

Incluso, redundando en lo anterior, podría dejar este ingrato oficio que no aguanta ni tantito, en el momento en que lo deseara; ya que la única ganancia que hasta ahora he obtenido ha sido una provechosa cosecha de enemigos gratuitos. Sin embargo los trabajos rudos alguien tiene que desempeñarlos y, como hasta ahora no se ha presentado aún ningún guapo dispuesto a substituirme, pues seguiré lanzando sapos y culebras contra los malos pintores, hasta el día en que uno de ellos, ofendido, tenga a bien quitarme de vagar en este valle de lágrimas.

Bueno y todo este hermoso y poético prólogo, ¿qué tiene que ver con la exposición de Hernández Angel? Francamente no tiene que ver mucho, pero como de alguna manera hay que iniciar el comentario nada mejor que darle un toquecito "lírico", sobre todo teniendo en cuenta que la mencionada exhibición es de las que no tienen orilla ni asidero y es poseedora en cambio de una imposibilidad metafísica para comentarse positivamente (aclaro: positivo no quiere decir elogio) y francamente, debería pasar desapercibida de no existir un detalle que me ha molestado bastante.

Me explico: esta exposición es, afortunadamente, la penúltima de la serie de exhibiciones programadas dentro del ya famoso e histórico ciclo "Imagen Actual de la Plástica Jalisciense"; lo cual hasta aquí, no tiene nada de feo o afrentoso; mas lo que me ha parecido deshonesto es que los señores de la Galería Municipal hayan aceptado integrar esta exposición teniendo como base únicamente ocho cuadros. Sí señores, únicamente ocho —de regulares dimensiones si se quiere—, pero que de ninguna manera pueden constituir material suficiente para completar una exposición individual. Yo creo que ni Da Vinci o Vermeer, si viviesen, harían algo semejante.

Dirán ustedes, para muestra basta un botón. Claro, a veces el aforismo funciona perfectamente, pero ¿qué voy a hacer cuando cada botón es una muestra diferente? Porque un cuadro es de tendencia tamayesca, otro semeja una pintura espacial, aquél es una semiabstracción, éste un paisaje cubista, aquél otro se inclina por el constructivismo geométrico, el de más allá es un experimento con "spray" de aluminio y así hasta completar ocho.

Entonces si el expositor y sus patrocinadores no se han tomado en serio, ni han tomado en serio al público, yo tampoco, como comentarista podré hacerlo. Por lo tanto el día que Hernández Angel, vuelva a exponer —y espero de todo corazón que sea muy pronto— la cantidad suficiente de obras necesarias para hacer una decorosa aparición en público; le prometo sinceramente que con todo gusto haréle un bienintencionado comentario.

Salvador de Avila.

CONFIESO QUE de Salvador de Avila, no había oído hablar, ni conocía obra alguna firmada por su mano; hasta el día que acerquéme a la Sala "José Clemente Orozco"', de mi querida Casa de la "Cultura" Jalisciense; sala en la cual se encuentran expuestas, a la vista del público, una veintena de sus obras. Por lo tanto es lógico que desconozca también si De Avila, es un expositor joven, maduro o si pasa ya de los treinta años; mas ésta ignorancia acerca del "background" de Don Salvador, de la cual nadie es culpable, no me va a impedir que diga unas cuantas palabras sobre su interesante exhibición.

Se trata, desde luego, de un figurativo expresionista, o neofigurativo interiorista, o cómo se diga —las etiquetas son lo de menos— en otras palabras, se trata de uno de esos pintores a quienes les encanta poner de relieve sobre sus lienzos, el ángulo oscuro, el tétrico dramatismo de la existencia y demás miserias físicas y morales del ser humano.

¿Logra su propósito S. de A.? Claro que sí, vayan como muestra algunos de los títulos que identifican —puesto que es pintor realista— claramente el contenido de sus cuadros: "Borrachos", "Casino de Media Noche", "Ratas", "Los Amantes del Polvo", "Hippie", "Espantapájaros", "Autorretrato", etc.. Mas ahora, lo pertinente será examinar si estas representaciones alcanzan o no, dimensión artística.

Se ha dicho y repetido con bastante razón, por críticos de arte verdaderamente inteligentes, (Asociación a la cual no pertenezco) que "lo terriple y lo macabro, ha sido y será siempre pretexto delicado para la creación artística". Es de suponerse, afirma Perogrullo, que quien toma como pretexto lo macabro para la creación artística, debe ser un artista, llámese Jerónimo Bosch o Rico Lebrún; mas cuando el pintor y sospecho que Salvador de Avila es uno de éstos, asume el tema terrorista desde un punto de vista meramente objetivo, de mero cazador de lo grotesco por lo grotesco, como acontece con la mayoría de los dibujantes y pintores monstruosistas que andan en la onda neoexpresionista, quienes al no vivir internamente aquel drama que intentan plasmar, son impotentes para infundir a sus obras, la originalidad, signo personal y dimensión artística que las redima de su terrorismo intrascendente.

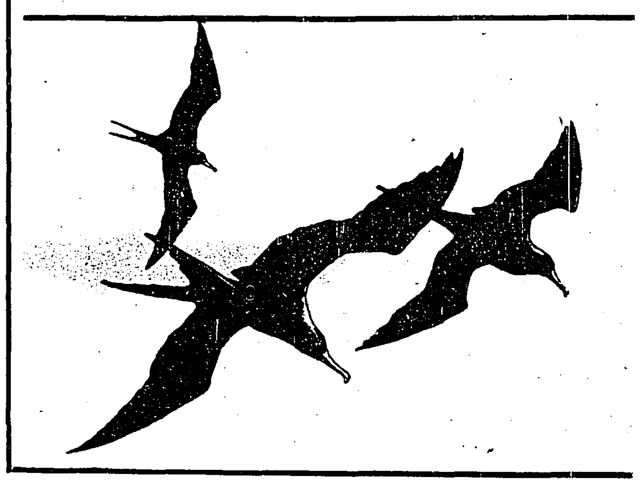
En la mayoría de las obras exhibidas en la mencionada sala, la tragedia no se levanta más allá del nivel del piso, las figuras poseen un patetismo acartonado, los rostros descarnados impresionan, pero por su falta de expresividad; en una palabra pintura que pudiera ser hermosamente poética, pese a los temas; está degradada por su carencia de dignidad y calidad.

Todo lo cual constituye una miserable desgracia, ya que el expositor posee notables aciertos en su colorido, sobrio, seco y restringido dentro de una gama sorda; maneja con soltura y libertad sus pinceles y su espátula; sus pastosas texturas son bastante sugestivas; virtudes envidiables que de ser empleadas racionalmente, dejando a un lado esa temática sensacionalista; podrían redundar en la consecución de obras sumamente aceptables y de auténtica dimensión o pretensión artística.

Jose Camacho.

LOS "Pájaros de Aquí y de Allá", del maestro Camacho, me han parecido muy bonitos. Sí, señoras y señores, no les extrañe que use esa palabra tan privativa del léxico "crítico-pictórico" de las señoras gordas; pero es que en realidad, lo digo sinceramente, no puedo aplicar otro calificativo a su exposición montada en la Galería de la Escuela de Artes Plásticas; exhibición que me ha dado gusto ver, que me ha comunicado alegría, me ha parecido simpáticamente graciosa y, repito, requetebonita.

Ahora bien, no por esto vayan a pensar que el maestro Camacho es todo un señor pintor, representante de la escuela "Naif", un caracterizado "primitivista" o algo que se le parezca; sino que, para acabar pronto, el maestro Camacho ni siquiera es un pintor a secas, pintor en el sentido extricto de la palabra, de creador artístico (porque claro está hay muchos ensucialienzos que se autonombran "pintores", pero esto es ya cuestión de complejos personales) inclusive no creo que el propio expositor haya querido presentarse como tal. El maestro Camacho es un artesano, muy buen artesano: modesto, sencillo, sincero, por eso digo que es bueno, y por lo tanto, lo que muestra al público en la Galería mencionada, no posee pretensión alguna de obra de arte y yo, de ninguna manera, la estoy comentando desde ese punto de vista.

Cual su nombre lo indica, las obras de este señor son representaciones naturalistas de pájaros de aquí y de allá; aves hermosas, dibujadas con mucha seguridad, minuciosidad y cariño; limpias y llamativas en su colorido, muy de acuerdo al vibrante cromatismo de su plumaje; pero repito, no van más allá del objeto meramente decorativo, aunque sin caer en la cursilería, sino inclinándose a un decorativismo bien intencionado, fino, bello, y sumamente agradable.

Y no quiero decir nada más. Quien quiera comprobar lo antes apuntado que vaya a la Galería de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara, sita en Belén e Independencia; ahí podrá deleitarse con la obra de un artesano delicado, hábil y honrado .